


EL TEATRO

Colección de obras dramáticas y líricas





MONÓLOGO

escrito en prosa

POR

Agustín Ferrer y Pagés



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, editor

(Sucesor de HIJOS DE A. GULLON)

Pez, 40.–Oficinas: Pozas, 2, 2.°

1886




16

LA MAMÁ

MONÓLOGO EN PROSA

original de

AGUSTÍN FERRER Y PAGÉS

Estrenado con brillante éxito en el **Teatro Ribas**
en la noche del 27 Mayo de 1886



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.ª
Pasaje de Escudillers núm. 4,
1886

Á LA MUY DISTINGUIDA

primera actriz de carácter

D.ª JOSEFA GUERRA

En prueba de admiración y reconocimiento.

El Autor

PERSONAJE	ACTRIZ
D.ª Teresa, *de 50 años*. . .	D.ª Josefa Guerra.

Época actual

LA MAMÁ

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada.—Al centro un velador con libros: sillas á ambos lados

ESCENA ÚNICA

Doña Teresa

(*Apareciendo por el foro.*) Sí viene alguién, no estoy en casa...(*Entrando.*)

¡Ay Dios mío! ¡y qué sofocada estoy! ¡hace un calor atroz! ¡insoportable! y eso que aún no estamos en verano. (*Se quita el sombrero*).

Ódio los veranos, por que una no se quita nunca el calor de encima por más que se aligere de ropa y tome baños de dos horas. (*Se sienta al lado de la mesa.*)

Ya he dejado á mi hija en casa de su prima... y de su *primo;* y podré así entregarme á la lectura de mis libros favoritos. Siento una pasión indecible por Paul de Koch; ¡con qué gracia escribe ese hombre! ¡cuánta facilidad y donosura! y eso que algunas de sus novelas son verdaderos artículos de arder... (*Pausa.*)

Empecemos la lectura: (*Coje un libro.*)

Devocionario... no es este *(coge otro libro)* ¡ah ah! este es:—«Las muchachas de trastienda.» *(Lo hojea.)*

Ahí está la señal... pero ¡calle! ¿qué es ésto? (*Saca un papel.)*

Un billete amoroso... no conozco la letra. Veamos.

(Lee.)—«Señorita: tengo veinte y ocho años y un comercio acreditado; soy huérfano de padre y madre y carezco de parientes próximos; usted ya me conoce, por haberle á usted desgarrado el vestido, de un pisotón, anteanoche al salir de su casa. *(Hablado.)*

Excelente manera de inspirar simpatía. .

(Vuelve á leer.)—Si usted se decide á darme su blanca mano, contésteme cuanto ántes por conducto de su doncella, del cual me he servido, como usted no ignora, y pronto me presentaré á sus papás. Firma. . Enrique.» *(Se encoge de hombros.)*

Enrique... mi hija ya ha tenido otros tres del mismo nombre... será, pues, *Enrique IV.*

Pues, señor, no es mal partido... joven... comerciante y huérfano de padre y madre y sin parientes próximos..., ¡una verdadera ganga!

¡Ojalá en iguales condiciones se hubiera encontrado mi Gumersindo! ¡Cuántos disgustos me habría ahorrado!

(Pausa.)—Pero reflexionemos... y si este novio en puerta, resulta después, que tan bellas circustancias como expone, son una pura filfa... porque en estos tiempos corre cada tuno... y cada petardista, que una ha de andar con más tiento que para pasar una maroma

(Con viveza.)—Porque ustedes no saben cuantas angustias lleva consigo ser mamá de una candorosa niña, que ya ha alcanzado las veinte y cinco primaveras, que la piden á gritos un marido.

¡Obtener un marido! es decir: resolver el problema más complicado y más difícil que puede presen-

tarse á una mujer cuando se halla en esa edad que el vulgo llama de merecer, y que yo llamo de cumplir el segundo término de la máxima divina:—«Creced y multiplicaos.»

(Acción.)—La mamá necesita reunir un caudal de sabiduría: debe entender en leyes de toda especie, incluyendo, como es consiguiente, las de la naturaleza, y aunque cometa en la escritura faltas de ortografía, debe ser perita en gramática... *parda*, ser aprovechadísima en diplomacia, y saber más filosofía que Salmerón; en cuanto á vigilancia, es indispensable que deje atrás al mismo Argos, á pesar de sus cien ojos, poseer al dedillo la ciencia militar, y en particular sobresalir en oratoria, porque es innegable que más de cuatro casamientos se deben á las brillantes peroraciones de la mamá, especialmente cuando la hija tiene la desgracia de carecer de ese ramo del saber... femenil.

Pues bien, ni aún con tales requisitos se pesca un marido... por más que lo recete una consulta de facultativos.

Sí, señores; los novios abundan en extremo, pero maridos... ¡escasean de un modo horrible!

Y en prueba de ello ahí está mi Pilarica que á los veinte abriles había tenido ya siete pretendientes, variados como los siete pecados capitales... pero marido ¡quiá!... seguramente se halla aún en estado de canuto.

¡Y qué pretendientes! (*Acción*) figúrense ustedes el primero: joven arrogante, hijo único de un comerciante en *serrin*, artículo muy productivo, según parece, pues tenía invertido mucho capital en *cubas*, no de riego, de papel cotizable de gran estima; estudiante en derecho, pero *muy torcido* respecto de intenciones y más decidor que treinta diputados de oposición.

Señora, me dijo en tono solemne. Nadie puede

contrariar las leyes de la naturaleza, y fuerza nos es cumplirlas debidamente: y de ahí la sacrosanta institución del matrimonio...—Basta, basta, le interrumpí para evitar la ducha oratoria que me amenazaba; ¿usted viene á pedirme la mano de mi hija, no es eso?

—*Tu dixisti,* me replicó.

—Perfectamente, y como ya estoy en pormenores respecto de su familia, usted vuelve con su papá, y con él hablaremos extensamente sobre el particular.

Efectivamente... volvió... la espalda.

—Entró en turno un sietemesino, de voz atiplada, vestido á la *dernier* con ribetes de chulo; á lo lejos olia á tarro de esencias, sin que descuidara su pan y toros, la florecita en el ojal del chaqué y el junquillo en la mano Una tertulia de confianza nos hizo conocer á esa muestra de género.

Nos seguía al teatro, á la iglesia, al paseo... en fin, á todas partes: ocupaba en los espectáculos los asientos de primera clase y lucia en las carreras de caballos la vistosa contraseña de *libre circulacion.*

(*Con encogimiento*).—Me han dicho, señora, que usted es la mamá de Pilarica.

—Esta vez no le han engañado á usted.

—Estoy perdidamente enamorado de su hija: es muy hermosa.

—Favor que usted la hace.

—No, señora, justicia.

—Adelante.

—Estoy muy enamorado.

—Hombre, ya lo ha dicho usted otra vez.

—Bien, vamos... que me quiero casar con ella.

—¿Con la otra vez?

—No, señora... con Pilarica.

—Bueno, y digame, joven, ¿qué edad tiene usted?

—Veinte años.

—¡Imposible!

—Ya vera usted... es que soy... sietemesino.

—¡Pobrecito! así ya se comprende... de todos modos, ¿ya ha contado usted á su papá el paso que usted está dando?

—Papa murió.

—E. P. D. Bueno, pues á su mamá.

—Tambien murió.

—¡Hombre! haberlo dicho de una vez... ¿pués quién cuida de usted?... la niñera?

—Mi tía.

—Muy bien: pues... (*rápido*) cuénteselo usted á su tía. (*Transición*)

Siempre sentí aversión hácia esa especie del género mixto.

No habían transcurrido dos días de este suceso, cuando mi hija y yo nos marchamos á los baños de Santander; no nos acompañó mi marido, porque dice que no puede abandonar la Bolsa, en donde juega á *diferencias*... que ya las encuentro yo á fin de mes en el arqueo de mis fondos.

Allí trabamos relaciones con un abogado de rostro compungido, con patillas de chuleta como dos tiznes, muy circunspecto, y sobrino del Padre Matías por añadidura; éste fué el tercer pretendiente á la mano de mi hija.

A los pocos meses, el muy hipócrita y solapado, se atrevió á dirigir á Pilarica súplicas... de muy mal género. (*Cambio).*

(*Viveza.*)—Señor mosquita muerta,—le dije, en cuanto supe el hecho:—de hoy en adelante se contentará usted con ver esta casa desde la calle, porque aquí no entra usted mas; ¿estamos?.

—Pero, señora, ¿á qué viene este cambio de conducta?.

—Demasiado lo sabe usted, ¡vaya con el señorito diga usted: ¿qué pidió usted anoche á mi hija?.

—Nada... un beso.

—¡Si no fuera mas que eso!... ¡á la calle, bribón!.

—Pero si todo esto no tiene nada de particular.

—A la calle repito, ¡truhán!.

—(*Rápido*).—Perfectamente,—contestó levantando la voz,—Me iré, pero sepa usted que mañana mismo entablo ante los tribunales y contra ustéd, demanda de indemnización de daños y perjuicios.

Cogí el jarrón para tirárselo á la cabeza, cuando se escabulló apresuradamente.

No dejaron de inquietarme las últimas frases del píllastrón y fuí á consultarlas á mi abogado, que celebró la ocurrencia de su colega pero me tranquilizó diciéndome que desechase todo temor.

Fué el cuarto un capitán de lanceros, algo entrado en años, más tieso que un poste telegráfico y con unos bigotazos... á lo Víctor Manuel.

Excelente sujeto, pero rígido ordenancista, y por lo tanto, muy absoluto y *enemigo de sublevaciones...* y reflexionando yo después sobre el oscuro porvenir que ofrecían á mi hija las rancias preocupaciones de mi futuro yerno, al poco tiempo de comenzadas las relaciones con Pilarica, insinué delicadamente al capitán que la niña era muy joven todavia y no debía casarse aún.

(*Viveza*).—¡Qué oigo, señora! usted falta á su palabra, me dijo.

—Y usted al respeto que se debe á una señora.

—En veintiocho años que llevo de servicio nunca he faltado el respeto á nadie; y aunque de humilde cuna, no desconozco la buena educación.

—De la cual dá usted pequeña muestra.

—Señora, que me sublevo.

—¡Ah!... si usted *se subleva* puede casarse con Pilarica.

—¡Jamás! Gil Morrál es ordenancista.

—Pues vaya usted con Dios.

—Y usted con el diablo.

Y no hago mención de los tres novios restantes, porque resultaron mucho peores que los otros. Fueron tres verdaderos canallas.

Pues sí señores, después de todo estamos respecto de marido para Pilarica, del mismo modo que cuando la vestí de largo.

Cíertamente de nada nos sirvió consultar á una adivina que nos echó... no las cartas, cuatro embustes á cambio de buenas pesetas que mejor empleadas hubieran sido en la adquisición de un traje para un *número* del «Asilo Naval.»

(Con cierta pausa.) Y cuenten ustedes que mi hija es una joven bien parecida, rubia, y con unos ojazos... capaces de poner en movimiento al ménos ardoroso, y con un dote regularcillo.

Con que si no tuviera estas condiciones, ¡ayúdenme ustedes á sentir!.

(*Rápido*) Vaya, que ni con *almadraba* se pesca un marido... es decir, (*pausa*) un marido joven, listo y honrado á la par... y que le deje á una en cierta libertad, como los caballos amaestrados.

(*Sin afectación*) Antiguamente era cosa de ver la facilidad con que se realizaban los matrimonios: unos paseítos, la audición de la misa cuotidiana en la iglesia predilecta, y de cuando en cuando unas reuniones de confianza en casa de una parienta, eran los medios mas eficaces para cazar marido. En esa clase de reuniones se conocían los jóvenes, se concertaban las bodas por los papás, y al año, ó poco menos, de honestas relaciones, se verificaba el enlace.

Así realicé el mío con Gumersindo: Fuímos con mamá (que en gloria esté,) á la reunión de las de Pinillos, primas de mamá; Gumersindo me sacó á bailar un delicado *minué* y á la tercer figura me apretó el pulgar y el índice, diciéndome al propio tiempo: —¡Teresa, es usted monísima!—Me ruboricé, como

es consiguiente: era la primera vez que oía frases... *tan atrevidas.*

Gumersindo, además, era un buen mozo y contaba con un capitalito, pues formaba sociedad con su padre para la explotación de unas canteras, y sobre todo... era de muy buena pasta.

En la cuarta *soireé* se concertó la boda y á los siete meses nos casábamos en san Márcos (1).

Ahora los procedimientos han cambiado sin tener la eficacia de los antíguos... hay que estar todo el día fuera de casa descuidando los quehaceres domésticos mas urgentes. (*con viveza*). Por la mañana á misa; en saliendo de la iglesia, á dar vueltecitas por el paseo; por la tarde nuevos paseitos y á hacer visitas; de noche al teatro ó á los ejercicios espirituales, organízados por tales ó cuales padres.... espirituales también, por supuesto.

(*Rápido*). Que llega la época de los señores de la cria caballar.... á las carreras; que mata Lagartijo ó Frascuelo... á los toros; que hay regatas.... á ellas; que canta Gayarre ó Massini, al teatro; se dán conciertos se celébran certámenes, pues allá; que las de Villarete dan un baile.... no hay que faltar á él, como pertenecen á la buena sociedad, ó á la *higa linfa*, como la llaman ahora los periodistas.

(*Viveza*). Y en este movimiento vertiginoso ponga usted la cara risueña á todo el mundo, prodigue frases de reconocimiento, bese manos, que quisiera ver hechas pepitoria, llame guapo á un Esopo, fino á un tío ordinariote cargado de dinero, elegante á un extravagante gomoso, aplauda gracias.... muy desgraciadas; déjese pisar los callos por un zoquete que creyó dar con el pié de mi hija; en-

---

(1) El autor no ha localizado la acción de la obra, al objeto de que la actriz la amolde á la población donde represente el monólogo.

salce las condiciones de un pianista inhábil y la voz de un tenor que suelta más gallos que una *incubadora artificial*, y en cuanto deban cogerse las tijeras, maneje ese instrumento con más habilidad que el mejor sastre de la villa, sinó quiere pasar plaza de sosa ó tonta, sin dejar por eso de preparar una honrosa retirada, en caso de verse atacada, para no tener que rectificar más que *La Correspondencia.*

Y si se tropieza con amigas envidiosas ó mamás que aspiran el mismo yerno...., entonces hay que desplegar toda la diplomacia, y en caso de ser ésta insuficiente, emplear los conocimientos estratégicos para vencer al enemigo, ó mejor dicho, á la enemiga.

Y despues de sufrir tantas impertinencias inútiles, no es nada difícil que reciba mi hija un petardo de los ya explicados ó un billete concebido en éstos ó parecidos términos:

«Pilarica: veo que tu amor es fingido; hemos terminado.

Mañana parto para Filipinas con un buen empleo.

No te lo había dicho antes, porque no estaba *seguro* de Sagasta.

Fulanito.»

(*Rápido*) Y le dé á Pilarica un soponcio, maldiga mi marido mi poca habilidad, y yo me dé á los diablos de mayor graduación y lamente que Dios en vez de una niña ruborosa y cándida, no me haya dado un varón, aunque hubiera resultado peor que el tratado de Comercio con Inglaterra.

(*Pausa*) Mas tengamos calma, meditemos un momento y volvamos á Enrique IV, y octavo candidato.

(*Lée*) «veintiocho años, huérfano de padre y madre y carezco de parientes próximos...» (*hablando*) ¡Vaya! una verdadera ganga, una especie de premio gordo de la lotería!...

¡Y que no hay temor de reñir con la parentela!... pero... y si luego resulta un *canard*... y aunque sea cierto y supongamos, que es mucho suponer, que ese guapo chico, porque, vamos, por fuerza debe de ser guapo... se casa con mi hija... ¿que voy á ganar con ello? como decía el gallego del cuento.

(*Naturalidad*) ¿Convertirme en suegra, y que me atribuya el yerno todas sus desdichas, que siempre las hay en esta vida, y me juzgue causa de las riñas con su mujer, que no faltarán, y me diga que le he engañado, por supuesto siendo mentira, y me llame suegra de Barrabás,—y aun eso poco me importaría porque en ese caso él sería el diablo,—y, la que es más negra, hiena feroz y sin entrañas?

¡Eso jamás!

Bien está san Pedro en Roma; si hubiese obrado del modo que ahora se me ocurre, me hubiera ahorrado no pocos disgustos y desazones, llevándome una vida tranquila y apacible.

(*Rápido*) Con que de hoy en adelante... fuera visitas enojosas! ¡fuera reuniones cargantes! ¡fuera paseos repetidos! y sobre todo... ¡fuera hombres... tunantes!.

Vaya, ¡que no quiero casarla!. (*Transición*)

Pero vamos... (*Al público*) si alguno de ustedes viene con buen fin... quizá... todavía podríamos entendernos.

Telón rápido


PRECIO
50 céntimos de peseta